

## CAMPAMENTOS.

Permanencia de la 1ª División en los Campamentos de "Dos Ríos," "Corral Falso" y "Puente Nacional."—Llegan refuerzos de México.—El General en Jefe del Ejército de Oriente los visita.—Falsa alarma para juzgar la aptitud de las tropas.—Entusiasmo de las tropas.—Fusilamiento de dos Cornetas de Artillería.—Disgusto que produce.—Conatos de rebelión.—Deserción.—Efecto que produce la noticia de la "Convención de la Soledad."—Retirada á Jalapa.—Licencias.—El Gobernador español Menduñá.

### I

EN la primera quincena del mes de Enero de 1862, el Campamento de la 1ª División del Ejército de Oriente estaba ya perfectamente cerrado; y desde "Corral Falso," donde estaba la artillería, hasta "Pajaritos," donde acampaba la 4ª Brigada, era un vasto puesto militar cuya guarnición quedaba en espera de los acontecimientos. En el "Puente Nacional" existía otro pequeño campamento á las órdenes de los Tenientes Coroneles D. Rafael Estrada y D. Jacinto Robleda, compuesto de los artilleros de la Guardia Nacional de Veracruz, el cual servía de gran guardia para resistir el primer empuje del enemigo; pero la demás fuerza, como queda dicho, acampaba en la extensión comprendida entre los lugares designados. En Jalapa, el Hospital Militar, instalado con los elementos que se sacaron de Veracruz, fué puesto en buen estado de servicio debido al patriotismo de algún jalapeño; y los Doctores Ahumada, Huidobro, Casas, y como ayudante D. Estéban

Morales, dispuesto para el desempeño de su honrosa y humanitaria misión.

Los Cuerpos que habían salido de la plaza abandonada pernoctaron, con una jornada de intervalo, en "Paso de Ovejas," "Puente Nacional," "Cerro Gordo," "Plan del Río" y "Corral Falso," donde se estableció toda la Artillería y el Batallón de Tuxpam, y la Compañía de Cazadores de Veracruz, para sostenerla. En el Encero el "Fijo," y el "2º Mixto;" en "Dos Ríos" el Batallón de Guardia Nacional de Veracruz; entre éste y aquel punto, los tres Cuerpos de Morelia; en "Pajaritos," "Rifleros del Estado;" y el "1º Activo de México" y el "Escuadrón de Cuernavaca," á la derecha de los Rifleros, extendiéndose hacia las "Animas" El Cuartel General, en un pequeño y pintoresco caserío de la propiedad de los Señores Gods, poco más arriba de "Dos Ríos," y la Mayoría de Ordenes en otra casa situada en la parte alta del camino vecinal que conduce al Encero. A los lados del camino, en toda esta vasta extensión, alineadas perfectamente y formando calles, infinidad de barracas donde se abrigaban las mujeres, y donde multitud de comerciantes ambulantes llegados de los alrededores, establecieron sus ventas de cuanto se podía necesitar, excepto licores embriagantes, cuyo artículo estaba expresamente prohibido vender. La *vela del Santísimo*, de Jalapa, se hizo conducir al Campamento, y con ella se improvisaron tiendas de campaña para los cuerpos que estaban á campo raso.

A las tropas que salieron de Veracruz se reunieron luego las que el Supremo Gobierno envió para completar la 1ª División; no incorporándose á ella la Guardia Nacional de Jalapa, porque hasta esa fecha aún no había podido organizarse á pesar de las órdenes del Gobierno del Estado, lo mismo que un escuadrón que solicitaron formar los jóvenes *decentes* (histórico) bajo el raro título de "Mineros á caballo," que nunca contó con más fuerza que la que representaban los pocos individuos que hicieron la solicitud para ello.

La verdad es que la sociedad jalapeña, sobre pocas y honrosas excepciones, no se puso á la altura de su deber: bajo la influencia todavía de las ideas de partido, que durante la reacción imperaron poderosamente en favor de ésta, se mostró poco patriótica y aun inhospitalaria al principio, dando una prueba de ello con la mala acogida que hizo á las Batallones que llegaban de Veracruz, y con los actos de hostilidad que cometieron algunos individuos contra la tropa y la oficialidad, causando esto algunas desgracias personales.<sup>1</sup>

## II

El Campamento de "Dos Ríos," era meramente provisional, de residencia ó reserva; el lugar de combate, llegado el caso, era en "Corral Falso," dispuesto para hacer frente al enemigo y derrotarlo antes de llegar á él.

Mandaba la División el General Llave, teniendo por segun-

<sup>1</sup> El Batallón Guardia Nacional de Veracruz, cuya oficialidad era en su mayor parte compuesta de jóvenes de las mejores familias de la ciudad, llegó á Jalapa el día 23 de Diciembre, á las seis de la tarde, en medio de una lluvia bastante copiosa y molesta; y á pesar de haberse dado las órdenes convenientes, tuvo que esperar más de media hora frente al cuartel de «San José,» mientras que se medio aseaba y disponía para que pudiera alojarse. No había una luz para alumbrar las cuadras.

Cuando el Batallón referido llegó á la «garita de Veracruz,» con excepción de algunas pocas familias liberales, los demás que fueron á recibirlo, á pesar del mal tiempo, eran los que habían llegado del puerto pocos días antes. Las casas estaban cerradas, como si se tratara de la aproximación de una cuadrilla de bandoleros.

Los soldados francos que al siguiente día salieron á recorrer la ciudad, enteramente desconocida para todos ellos, fueron agredidos de tal manera, que habiendo llegado á noticias de la Comandancia Militar, dispuso por la orden de la plaza que ningún soldado saliera sino portando la bayoneta, pues estaban en campaña.

El Teniente D. Bartolo López fué sorprendido pocas noches después, por cuatro individuos al atravesar un callejón para dirigirse al cuartel, infiriéndole una puñalada que puso en peligro su vida, escapando debido á la habilidad y eficacia del Dr. D. Miguel Huidobro.

do al del mismo empleo, D. Felipe Berriozábal: Jefe de Estado Mayor el Coronel D. Pedro Rodríguez; Mayor General Coronel D. Prisciliano Flores, y asesor, al Teniente Coronel D. Rafael González Paez. La 1ª Brigada, Batallones "Fijo" y "Túxpam," el General Coronel D. Francisco Osorio; la 2ª, Batallones de "Veracruz" y "2º Mixto," el General D. José María de Mora; la 3ª, Batallones de Morelia, el General D. Francisco Zérega, y la 4ª Batallones de "México" y "Rifleros" y Escuadrón de Cuernavaca, el General D. Ignacio Echagay; teniendo por segundos, respectivamente, á los coroneles D. Manuel Sánchez, D. Francisco P. Milán, D. José Rojo y D. Juan Noriega. Era prevoste de este Campamento el 2º Ayudante D. Vicente Güido, á quien todos estimaban merecidamente por su carácter afable y comunicativo.

El Campamento de Artillería en "Corral Falso" la mandaba el Coronel del arma D. Alejandro García, teniendo como segundo al del propio empleo D. Manuel Macario Gutiérrez; Mayor de Ordenes, el Teniente Coronel D. Roque Hernández, conocido con el sobrenombre de *Don Roaceque*, y Jefe de la Artillería, el Teniente Coronel D. Rafael Gutiérrez Zamora. La Sección de Ingenieros estaba á las órdenes del Coronel D. José Durán, teniendo como segundo al Capitán 1º D. Antonio Arellano.

El servicio del campamento, detallado desde el primer día de su instalación, quedó del todo reglamentado luego que las fuerzas que se incorporaron á la División totalizaron su efectivo.

A las tres de la mañana reunidas las bandas de todos los cuerpos en la plaza de Armas, daban el toque de "levantarse," y desde esa hora hasta las cinco, permanecían sobre las armas, las tropas en el interior de sus alojamientos: en seguida se tomaba el primer "rancho" y luego que el Cuartel General daba la señal de marcha, al Batallón que le correspondía hacer jornada de movilización la emprendía al lugar ó punto que por la orden del día anterior se le había designado.

Entretanto los demás Cuerpos salían al campo para hacer "ejercicio," haciéndose en el campamento la más completa policía de aseo: á las diez regresaban á sus puestos y tiendas, donde permanecían dando "badanazo" á sus fusiles hasta las once que se les permitía salir á paseo ó al baño, en el río inmediato. A las doce, se tomaba el segundo "rancho," á la una se daba el primer toque para volver al "ejercicio," á las dos el segundo, y á las tres salían de nuevo á las llanuras cercanas los batallones para maniobrar, bien por cuerpos aislados ó bien por brigadas, hasta las seis que se retiraban marchando á sus alojamientos para tomar el último rancho: se relevaba el servicio de guardias, se tocaba "retreta" á las siete, y "silencio" á las ocho, se apagaban los fuegos, y todo el mundo se recogía hasta el día siguiente que se repetía lo mismo.

Las grandes guardias, una compañía del cuerpo que estaba de "fatiga," salían del campamento á las seis de la tarde para establecerse una legua á vanguardia ó á retaguardia, y á la misma hora se situaban los centinelas avanzados, y comenzaba el servicio del *Jefe de día*, regresando las primeras después de las cinco de la mañana, previo el reconocimiento de Ordenanza.

La mayor armonía reinaba entre todos los soldados: allí no había rencillas ni se conocían diferencias de cuerpo á cuerpo, lo mismo entre la tropa que entre los oficiales, y sobre todo entre los jefes: si más tarde hubo alguna deserción, poca relativamente, sobre todo en la artillería, debióse al mal trato que recibía la tropa del Mayor de Ordenes, mal hombre, mal soldado, mal ciudadano y hasta mal esposo. Rencoroso é implacable, no perdonaba jamás, y su gloria era siempre hacer el mayor daño posible.

El entusiasmo era creciente cada día: la alegría y el contento corrían parejas con el deseo de perfeccionarse en el manejo de las armas; y si una vez llegó á faltar la primera, fué

porque hubo *ejecuciones* de desertores aprehendidos;<sup>1</sup> y el acto de privar á un hombre de la vida es siempre tan solemne como imponente, tan lúgubre como conmovedor.

En tanto que la infantería se consagraba á la instrucción, en el campamento de "Dos Ríos," en el de "Corral Falso" se trabajaba día y noche en la fortificación, no sólo del campo, sino de sus alrededores que servían de avanzadas. Los indígenas de "Ojuelos," "El Chico," "Las Animas," "Las Trancas," "Paso del Toro," "El Encero," etc., etc., concurrían á prestar sus servicios, auxiliando poderosamente al presidio; y era de verse, al despuntar el día, ó al caer el sol, largas caravanas de estos humildes trabajadores llegar de sus pueblos ó regresar á ellos, riendo y charlando, después de ocho ó nueve horas de un trabajo ímprobo, cansado y penoso. Los Jefes de ingenieros los alentaban con su presencia; los artilleros francos, que también tomaban participio en las faenas, se mostraban afables con ellos; y hasta los mismos forzados, que ninguna esperanza podían abrigar de que esos servicios minoraran el tiempo de su condena, los trataban con deferencia y cariño.

### III

No es de extrañarse, pues, que hacia fines de la quincena aquel terreno, que antes no tenía más aspecto que el muy triste que le daban las montañas que lo circundan á lo lejos, presentara ahora otro completamente diverso.

A cien metros fuera del lugar avanzando hacia el camino carretero, y cortándolo por el centro, un vasto semicírculo determinaba la fortificación, compuesta de reductos ligados por medio de espaldones, donde estaban montadas más de cuarenta piezas de artillería de grueso calibre: los montículos que á derecha é izquierda podían flanquearla, fueron conver-

<sup>1</sup> Dos soldados del batallón de "Riferos," pertenecientes á la compañía que mandaba el Capitán Avellaneda.

tidos en otros tantos fortines, bien artillados, que resguardaban el campamento; y á retaguardia de la línea principal, sobre lo ancho del camino, una batería de morteros de á 14 cerraba la entrada, con los parapetos necesarios para que pudieran defenderlos doscientos infantes. Estos parapetos se extendían hasta los fortines para que pudiera entrar en fuego la infantería necesaria, y en el centro de la plaza de armas la artillería de batalla y las reservas estaban prontas y á la mano para ocupar sus puntos, llegado el momento decisivo. Entre el tercero y cuarto morteros, algo avanzado, un elevado mástil servía de asta al pabellón nacional que durante las horas del día hasta la puesta del sol, flameaba orgulloso dando sombra á sus defensores, y desafiando arrogante á los aventureros que habían profanado el territorio mexicano para reconquistarlo ó para cambiar la forma de su gobierno.

Luego que el General Uraga recibió el parte oficial de haber quedado perfeccionado el campamento de "Dos Ríos," se puso en marcha desde la Soledad, lugar de su residencia entonces, para pasar revista á las tropas que lo guarnecían. Un cañonazo disparado en el Puente Nacional y repetido en Corral Falso, debía anunciar la salida del segundo de estos puntos. En los primeros días de Febrero, y á muy temprana hora, se hizo oír la señal indicada, y todos los batallones, artillería de batalla y cuerpos de caballería, formaron á lo largo del camino en orden de batalla. Serían las doce del día cuando llegó, pasando en seguida la revista con la mayor atención y minuciosidad; y quedó tan satisfecho y contento que así lo manifestó en voz alta al General Llave, disponiendo que se hiciera constar así por la orden del día; y como era tan cuidadoso como vigilante de que al soldado nada le faltara y estuviera bien atendido, á la hora que la tropa iba á tomar rancho, se acercó á la compañía de cazadores de Veracruz, pidió su plato al primer guardia que estaba más inmediato, y acercándolo al *ranchero* le dijo en tono serio á la vez que afable: —Yo también soy soldado; sírveme mi ración.

El *ranchero*, hombre serio y soldado también, alzó la vista, se cuadró correctamente, y tomando el *bombillo* le sirvió, cual si se tratara de alguno de sus compañeros.

Uraga tomó el rancho, y cuando hubo concluido:

—Está muy bueno, cabo,—le dijo, devolviendo el plato á su dueño,—y bien se puede venir á comerlo todos los días.

Luego se retiró con aquella imponente gravedad que lo caracterizaba, seguido de sus Ayudantes y de los Jefes del campamento, dirigiéndose hacia el Cuartel General.

Coincidió la llegada del General Uraga con la que en las primeras horas de ese mismo día verificó la famosa "Barragana," la cual, ataviada con vistoso traje de "charro," se presentó ginete sobre brioso corcel que manejaba á la perfección. Acompañábanla cuatro dragones que formaban su escolta particular, y pidió se le concediera prestar sus servicios, así como á sus compañeros, en la 1.<sup>a</sup> División.

#### IV

Todo fué inútil, sin embargo, y tantos trabajos y tantos sufrimiento quedaron sin recompensa.

Los "Tratados de la Soledad" y la felonía de un Ministro tan insolente como cobarde, tan miserable como rastrero, dieron por resultado que todo aquello se desvaneciera como el humo, y que las esperanzas concebidas de dar al enemigo una lección terrible que lo escarmentara, hubieron de morir al soplo de la diplomacia y de una generosidad mal entendida.

En efecto, seis días después de celebrados los famosos "Convenios," una orden general del Ministro de la Guerra dispuso que los guardias nacionales de Veracruz, tanto artilleros como infantes, *regresaran á sus casas con licencia de dos meses, dejando sus armas*, para economizar esos haberes por motivo de la pobreza en que se encontraba el Erario federal.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El Erario nacional sólo pagó haberes á la Guardia Nacional de infantería, del 1.<sup>o</sup> al 18 de Marzo de 1862. Desde el 14 de Diciembre de 1861 hasta 28

Aquellos hombres recibieron la orden con el duelo en el corazón, porque presentían que se les imposibilitaba para continuar la campaña, toda vez que los privaban de recursos para regresar. Descepcionados en su mayor parte, los que quedaron al servicio según lo dispuesto por la orden, vieron alejarse á sus compañeros llenos de pesar; y de los que se marcharon pocos volvieron á agruparse á su bandera, mientras que otros marcharon á incorporarse á las fuerzas que operaban en la costa de Sotavento. Muchos tomaron la tal orden como una venganza del Ministro Doblado, quien no podía perdonar á los veracruzanos el recibimiento que le hicieron cuando arribó á Veracruz después de hacerse derrotar por las fuerzas reaccionarias, tres años antes, destruyendo una de las mejores divisiones que servían de apoyo al Gobierno Constitucional. ¡Oh! ¡Si entonces hubieran vivido aún Zamora y Lerdo, Ocampo, Valle y Degollado, quizás no habríamos tenido la vergüenza de ver ocupar impunemente nuestras terribles posiciones por un enemigo que no supo comprender lo que es el verdadero honor del soldado! Los "Tratados de la Soledad" abrieron la puerta á la felonía y á la traición, y privaron á la defensa del país de cerca de mil quinientos patriotas valientes: aguerridos y entusiastas, cuya presencia en Puebla habría quizás cambiado la faz de los acontecimientos, al terminar la gloriosa jornada del día 5 de Mayo de 1862!

## V

Un episodio triste vino á llenar de pena y duelo á las tropas de la 1ª División, durante su corta permanencia en el campamento de "Dos Ríos."

Al salir de Veracruz el día 14 de Diciembre de 1861, dos jóvenes menores de veinte años, carpintero el uno y sastre el

de Febrero esos haberes fueron cubiertos por la *Caja particular del cuerpo*, habiendo cubierto además, como regalo de año nuevo, el de los demás cuerpos de infantería los del día 1º de Enero de ese año.

otro, siguieron al batallón Guardia Nacional de artillería; y en San Juan de Instancia pidieron darse de *alta* para contribuir á la defensa de la patria: la circunstancia de estar íntimamente ligados por lazos de amistad, y tocar los dos el corneta pistón, hizo que se les agregara como clarines á la banda de dicho cuerpo.

La ninguna costumbre de hacer largas jornadas á pie, dormir á la intemperie, asolearse, recibir chubascos, etc., etc., contribuyeron á quebrantar su salud á los pocos días; y una vez en el campamento, fueron remitidos en los últimos días de Enero al Hospital Militar de Jalapa, donde permanecieron dos semanas curándose. Como el hospital tenía poca capacidad, y en el campamento las enfermedades comenzaban á causar algunas *bajas*, se hacía indispensable que, apenas en convalecencia los enfermos de poca consideración se les diera de alta para que otros ocuparan su puesto. Nuestros jóvenes voluntarios salieron del hospital no del todo repuestos; y no conocedores de las leyes militares, creyeron que podían pasear en Jalapa uno ó dos días antes de regresar al campamento.

Así lo hicieron, pero tuvieron la desgracia de que al ir á almorzar á un figoncillo situado frente á la antigua iglesia de San Francisco, se encontraron allí con un oficial de su batería en completo estado de embriaguez, quien habiéndolos interrogado por qué no se habían reincorporado á sus filas, y oído la respuesta que aquellos le dieran, los hizo aprehender por la fuerza de policía, encerrándolos en la cárcel pública, de donde fueron llevados al día siguiente con algunos vagabundos y malhechores, al campamento. Ya el oficial había dado parte de la aprehensión al Mayor General, como *desertores en campaña*; y como el tal Jefe era un malvado, como ya he dicho antes, sin más averiguación los hizo juzgar con arreglo á las leyes militares, tan terribles y tirantes en estos casos, ratificando el parte dado de *deserción consumada*.

En vano los infelices jóvenes protestaron de su inocencia,

LA ALFONSO  
 VERACRUZ  
 1861

y más aún contra el feo cargo que se les hacía; en vano el mismo oficial aprehensor, ya libre de los vapores del alcohol, quiso intervenir en favor de los desgraciados: inútil fué que la tropa se mostrara airada y ofendida por aquel acto que se intentaba, y que á todas luces era criminal; inútil, por último, que en los jurados, tanto el Jefe del cuerpo y sus oficiales, como los de Tüxpam, rogaran en lo confidencial. El Mayor General no cedía de su feroz empeño: la ley lo autorizaba, y el miserable quería derramar sangre en nombre de la ley.

Fueron sentenciados á la última pena. Se recurrió al indulto, pero el General en Jefe, único que podía concederlo, se encontraba á más de cincuenta leguas de distancia, y en lo económico del servicio la sentencia había sido confirmada por el Coronel García, Jefe de aquel campamento. La noticia llegó al de "Dos Ríos," y fué preciso que los jefes de todos los Cuerpos interpusieran su valimiento y emplearan toda su energía para sofocar los conatos de insurrección que se comenzaban á notar entre la tropa, para ir á salvar á aquellos patriotas, víctimas del profundo odio que Hernández profesaba á los guardias nacionales.

La sentencia se llevó á cabo, habiéndose negado redondamente á formar el *cuadro* los batallones de artillería y de Tüxpam, así como las *imaginarias* del campamento de "Dos Ríos," á los cuales se creyó prudente no obligar á concurrir; y para fusilar á dos míseros cornetas, *se volvieron los cañones, abocándolos al pequeño cuadro que se formó con la artillería permanente y la de Morelia.*

Entonces comenzó la deserción.

La tropa había visto ya fusilar á dos desertores de "Rifleros," verdaderos desertores, acreedores, desgraciadamente, á la dura pero necesaria ley militar: había asistido á la ejecución, y los había compadecido, pero no acusado á nadie, sino á ellos mismos, del triste fin que tuvieron; mas cuando comprendieron también que en nombre de esa ley podía asesinarse, bastando para ello el odio ó la malquerencia de algún

superior vicioso ó feroz, preferían abandonar las filas á que se habían incorporado para buscar una muerte gloriosa ante el enemigo, no para caer asesinados en afrentoso patíbulo.

.....  
El oficial denunciante, el beodo criminal, murió de una manera violenta y cruel, atacado por una enfermedad asquerosa, un mes después de los sucesos, sin que ninguno de sus compañeros lo acompañara en el lecho del dolor, después de haberle negado la palabra á causa de su infame conducta.

En cuanto al Mayor General Hernández, se pasó á las filas imperialistas al concluir el sitio de Puebla en 1863, al cual asistió relegado á un puesto insignificante, porque era mal visto y mal querido entre los heroicos defensores que tan alto pusieron el nombre de la ciudad en 1862, humillando las águilas de Inkerman, de Sadowa y de Magenta. Ultimamente era sacristán de la iglesia de "La Compañía" en el mismo Puebla; viejo, demacrado y siempre repulsivo, pero más hipócrita aún, se puso en el lugar donde sus instintos le llamaban de tiempo atrás, sirviendo á los enemigos jurados del principio democrático.

Se encuentra en su elemento.

## VI

No terminaré este "Recuerdo" sin referir dos hechos de distinta naturaleza el uno del otro, pero que corresponden á este lugar. El primero para dar una idea del estado que guardaba la 1ª División respecto á disciplina, subordinación y entusiasmo, y el segundo, para demostrar la opinión que algunos jefes del ejército tripartita tenían del resultado que darían los "Convenios de la Soledad."

\* \* \*

Ya perfeccionados los trabajos de los campamentos, el General Llave concibió y llevó á cabo la idea de experimentar prácticamente el estado que guardaban las tropas para entrar

en campaña. Al efecto, y de acuerdo con su Jefe de Estado Mayor, un día, en los momentos en que todos los cuerpos se disponían á tomar el rancho de doce, el Teniente Coronel Villavicencio, y los Ayudantes, Capitanes Peña y Hernández, penetraron en el campamento, camino arriba, á toda la carrera de sus caballos, gritando:

—¡El enemigo avanza por Paso de Ovejas! ¡A las armas! ¡A las armas!

Al instante, y como una respuesta, los soldados arrojaron el contenido de sus platos, y corrieron á sus alojamientos poniéndose sobre las armas. El Cuartel General hizo oír el toque de marcha, que repitieron los cuerpos particularmente, y diez minutos después estaba la 1ª División formada en batalla en el magnífico llano de "Los Miradores," ocupando su puesto la artillería rodada y la caballería, los pagadores de los cuerpos, rancheros, etc., etc. El General Llave, arrogante en su magnífico caballo, se presentó entonces con todo su Estado Mayor, su escolta particular y sus guías á caballo, saludándolo la tropa con un estruendoso "¡viva México!" "¡viva la República!" que era una amenaza para el enemigo.

Dió la voz de mando para formar en columna, y ya en marcha, hizo que toda la división desplegara en batalla á su frente para pasarle revista: terminada ésta, y después de hacer varias evoluciones por brigadas, las tropas todas, que ya habían penetrado la idea del General en Jefe, regresaron á sus campamentos, contentos porque el referido Jefe había quedado satisfecho de ellas, pero contrariados por no haber sido una realidad la estratagema empleada para probar su buena disposición y disciplina.

\* \*

A causa de los "Convenios de la Soledad," no sólo parte de la tropa, sino también algunos jefes y oficiales de la Guardia Nacional que tenían familia en Veracruz, obtuvieron licencia para ir allí á visitarla, entre otros, el Mayor Ramos

Jiménez, y los Capitanes Somohano, Ruiz, Migoni y Frías, y Suárez, único que sobrevive á los compañeros, y el que esto escribe, obtuvieron licencia por un mes; y como según informes, las puertas de la ciudad permanecían abiertas durante la noche, arreglamos la salida del campamento de manera que el viaje se hiciera en un solo día, puesto que se podía aprovechar el plenilunio para caminar durante la noche.

Así se hizo, en efecto; pero al llegar á Tejería, el Comandante del destacamento de zuavos que allí se encontraba nos manifestó que precisamente desde el día anterior se había dado orden para que las puertas de la ciudad se cerraran á las seis de la tarde: esto, que nos contrarió algo, no fué sin embargo motivo para que suspendiéramos el viaje, á pesar de los ruegos del oficial francés que demostraba empeño en que nos quedáramos con él, quizás por la circunstancia de que, hablando su propio idioma la mayor parte de nosotros, encontraba placer en que le hiciéramos compañía. Nos despedimos de él después de tomar una copa de excelente cognac con que nos obsequió, y á las once estábamos hospedados en la casa de un amigo nuestro, extramuros de la ciudad. A las ocho de la mañana hicimos nuestra entrada, causándonos verdadero dolor ver las puertas guardadas por soldados ingleses, graves y severos, como lo son todos ellos; y en los alrededores y en las calles, rostros desconocidos, extranjeros en su mayor parte.

El Oficial de la guardia nos hizo saber que tenía la orden de enviarnos á la presencia del Gobernador, acompañados de dos gendarmes; por mi parte, y no teniendo á quien ver en Veracruz, quise retroceder, ante tamaña vejación; pero los compañeros me rogaron que los acompañara, y accedí por mera curiosidad de conocer al titulado Gobernador.

Dos gendarmes de los de nueva creación, *intervencionistas*, se pusieron al lado de nuestras cabalgaduras: el dolor se trocó en indignación al notar que uno de ellos era de los desertores que habíamos tenido en el campamento: no pudo con-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE VERACRUZ

tenerse uno de nosotros, y azotó cruelmente el rostro de aquel bellaco con el fuste que llevaba en la mano. El oficial se informó de qué procedía aquella agresión, y dadas las razones, lanzó un puntapié al gendarme, quien se retiró todo corrido, dirigiéndonos miradas de odio y de rencor.

Emprendimos solos la marcha, y al llegar á la esquina de la Parroquia, el centinela que estaba en Palacio avisó nuestra llegada, y desde luego la guardia se formó, desprendiéndose de ella cuatro ó cinco soldados para tomarnos los caballos. El Oficial de la guardia nos hizo conducir hasta el antiguo salón de sesiones del Ayuntamiento, donde el nuevo Gobernador había establecido sus oficinas civiles y militares.

Un joven Capitán de artillería nos recibió con cierta indiferencia, manifestándonos que *Su Señoría* aún no se había levantado; pero casi al instante oímos una voz que desde la pieza contigua preguntó *quiénes eran*.

—Son unos oficiales mexicanos, contestó el joven Capitán.

—Capitán Burgos,—respondieron desde adentro,—tenga vd. entendido que para los señores oficiales mexicanos siempre—y recaló esta palabra,—siempre estoy visible; perdonadme, señores, un minuto—continuó la voz—soy con vdes. dentro de breves instantes.

Así fué, en efecto.

Cinco minutos después, se presentó á la entrada del salón el señor Gobernador español, Coronel de caballería D. Ramón de Menduïña, quien se acercó á nosotros con aire de benévola confianza y satisfacción. Nosotros nos pusimos de pie y nos descubrimos por respeto y por deber.

—Señores,—prosiguió el Gobernador—habréis extrañado que se os heya molestado haciéndoos venir hasta aquí; pero ese extrañamiento desaparecerá cuando sepáis que he creído necesario tomar tal determinación, puesto que no teniendo el gusto de conocer á los oficiales del país, bien pudiera suceder que amparados del uniforme se introdujeran á la población individuos sospechosos y aun malvados.

Le dimos las gracias por su deferencia en darnos esa satisfacción, y nos pusimos á sus órdenes, pidiéndole permiso para retirarnos, después de indicarle nuestros domicilios.

Sea por lo que fuere, y luego de manifestarnos el deseo que tenía de que permaneciéramos á su lado siquiera un momento, á lo cual accedimos, la verdad es que, si bien dirigió la palabra en lo general, nos marcaba con sobrada deferencia á Suárez y á mí: departimos durante un corto espacio de tiempo, y entonces yo, en nombre de los demás, le pedí permiso de nuevo para retirarnos, pretextando que lo distraíamos de sus atenciones.

—De ninguna manera—contestó sonriendo—pero concibo que á unos oficiales mexicanos, y oficiales tan jóvenes como vdes., no les ha de ser grata la compañía de un *gachupín*,—y acentuó la pronunciación de la palabra,—á quien tienen por enemigo.

Nosotros protestamos contra ese pensamiento.

—¡Bien! ¡Bien, amigos míos! Podéis retiraros, pero antes os ruego que me acompañéis al balcón, pues en estos momentos va llegando el regimiento de “Isabel II” y quiero que presenciemos su desfile para oír vuestra opinión.

Lo hicimos como lo deseaba, absteniéndonos de dar opinión alguna.

Luego que el regimiento formó en la Plaza de armas, el Coronel Menduïña nos acompañó hasta el primer peldaño de la escalera; y allí, con voz risueña y tono festivo, nos dijo, poniendo una de sus manos en el hombro de Suárez y la otra en el mío:

—¡Ah! Ya me parece que os oigo decir: “¡Maldito gachupín, mejor te quisiéramos ver frente á frente en campo raso que no aquí, haciéndonos cumplimientos!” No; no será así, prosiguió con tono sincero, y despidiéndose de cada uno de nosotros:—no, no derramaréis sangre de *gachupines*, estad tranquilos. Sangre habrá; sangre se derramará, pero no de los que son para vosotros verdaderos hermanos bajo todos as-

pectos. Id, mis buenos amigos; tiempo tendréis para batiros, pero no contra nosotros, que quisiéramos poder ponernos de vuestro lado. Adiós otra vez, y recordad que en tanto que permanezcáis en la ciudad, tendré verdadero placer en veros. Adiós.

—¡Ah!—agregó á media voz cuando comenzábamos á bajar la escalera:—os recomiendo la mayor prudencia: hay aquí antiguos oficiales mexicanos que sirvieron en las filas contrarias en la última guerra civil y ahora se han aliado á nosotros, y juzgo que su vista os ha de causar indignación.<sup>1</sup>

Cuando nos encontramos en la calle, convenimos todos en que el Señor Coronel Menduiña era, como soldado, un arrogante y simpático militar, y como particular, el tipo del perfecto caballero.

Por mi parte confieso que siempre le guardé cariño y respeto á aquel anciano, por la deferencia que tuvo para conmigo en dos ó tres veces que lo traté, y por las proféticas palabras que pronunció al despedirse de nosotros en el Palacio Municipal de Veracruz.

<sup>1</sup> A pesar de esta recomendación, el Capitán Roiz abofeteó al siguiente día á un ex-oficial de apellido Ferró, y el que esto escribe dió una paliza á otro que venía en un cuerpo de traidores que estaba levantando un tal López que se decía ser Coronel.

## ALVARADO.

Formación y permanencia de un cuerpo de tropas.—Llegada de algunos oficiales de la 1ª y 2ª División.—Trátase de establecer un campo de observación en Medellín.—Acepta la idea el Coronel en Jefe Larragoiti.—Se ponen los medios para llevarla á cabo.—Uno de los encargados hace traición.—Acontecimientos posteriores.—Traición del capitán Aldana.—Sublevaciones.—Arribo y fallecimiento del comandante Militar de Tlalixcóyam.—Situación difícil de las tropas en Alvarado.—Deserciones en masa.—Relevo del Teniente Coronel Larragoiti por el Coronel Mariano Lazcano.—Noticias alarmantes.—Defección de la Guardia Nacional de Alvarado.—Abandono de esta plaza por las tropas del Gobierno.—La ocupan los intervencionistas.

### I

EL día 5 de Octubre de 1862, en las primeras horas de la mañana, cuando el sol deja apenas adivinar sus rayos en Oriente, en una habitación de la casa á espaldas de la conocida con el nombre de "la Máquina," en Alvarado, un oficial, un Capitán, lo diremos de una vez, sostenía animada conversación con una mujer, al parecer sirvienta, que de pie delante de una mesa donde aplanchaba ropa, sin dejar su quehacer, escuchaba atenta lo que aquel la decía.

—Bueno, Marciala:—concluyó el Capitán como última expresión de su discurso—ya sabes que no tengo más que dos camisas blancas útiles para el servicio; la que traigo encima y la que tú tienes lavando: así, pues, te encargo mucho que me la alistes temprano lo mismo que el pantalón, pues aun-

B. I. A. ALFONSO  
 UNIVERSIDAD  
 D. I.